



Muerte

La palabra de hoy se inspira también en las lecturas de la Semana Santa, y es la palabra “muerte”. Escuchamos el Evangelio donde Pedro dice a Jesús: ¿adónde vas? Es la pregunta clave de toda esta semana santa. La Pasión según san Juan de Bach comienza precisamente con este diálogo: “¡Mirad! ¿A quién? Al esposo ¡Mirad!, ¿a dónde va? A su muerte. ¡Mirad! ¿Por qué? Por mis pecados”.

La época de coronavirus nos ha acostumbrado a números de muertos. Pero también a rostros concretos de personas queridas. Es doloroso, no solo que mueren, sino el modo como mueren. Y esto puede revelar cómo vemos la muerte en nuestra sociedad. La gente muere hoy sola, y esto revela el modo de morir a que nos hemos acostumbrado. Pues la muerte se considera algo contrario a la vida, y se trata de apartar su recuerdo, silenciándola.

Esto se ve en el deseo extendido de morir sin darnos cuenta. Parece que la mejor muerte deseable sería una muerte sin notarlo. Me contaban de estos días la frase que uno de los psicólogos reclutados para ayudar a los enfermos les decía cuando les iban a sedar. Te vas a dormir y ya nada.

Esto es triste porque poder vivir la muerte es una prerrogativa humana, que nos distingue de los animales, los cuales mueren sin saber que van a morir. Hay una oración antigua que reza: de la muerte imprevista, líbrame Señor. Imprevista no es la que ocurre rápido, sino la que no sucede como acto nuestro.

¿Y qué quiere decir que la muerte es también una acción? Si uno entiende la vida como recibir algo, en primer lugar de Dios; si uno entiende que en la vida somos receptivos, que no todo consiste en controlar sino también en “dejar ser”; si uno entiende que la vida nos va modelando, y que nuestra acción consiste en abrirnos a esa acción del alfarero; entonces uno puede entender que la muerte es también un acto de libertad, el más grande, donde aceptamos dejarnos hacer por el Padre de donde venimos.

Esta es la visión de Jesús. Él va a morir. Y en ese ser pasivo – o mejor, ser receptivo, está su más grande libertad. “Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla”.

Gracias a Jesús tenemos también el poder para dar la vida. Y podemos dar la vida entera, en su totalidad, precisamente porque morimos, y porque esa muerte es nuestra actividad.

Para morir, hay que dejarse hacer. Eso es lo que san Pedro no entendió. Él dijo: daré la vida por ti, pensando que era cuestión suya, de su actividad para entregarse. Pero primero tenía que dejar hacer a Jesús, que Él nos abriese el camino para vivir de tal modo que la muerte fuese un paso más de esta vida. Jesús tiene poder para dar la vida y, como Hijo que confía plenamente en el Padre, tiene poder para recuperarla. El don de la vida no cae en el vacío.

Esta oración de san Ireneo de Lyon, un Padre de la Iglesia del siglo II, nos puede ayudar a comprender este modo de vivir, dejarse modelar por Dios.

Porque no haces tú a Dios, sino Dios a ti. Si pues eres obra de Dios, aguarda la mano de tu Artífice, que todo lo hace oportunamente; oportunamente, por cuanto mira a ti sometido a la acción (de Dios). Preséntale tu corazón blando y maleable y conserva la figura con que te modeló el Artífice, manteniéndote húmedo, no vayas a perder, endurecido, las huellas de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12).

Encomendamos en Jesús a todos los difuntos de esta pandemia.